

española. El desastre de la flota sumió á los sitiados en la desesperacion; en los primeros dias del mes de Julio intentaron en vano capitular con el enemigo; el dia 8 fueron destrozados cinco mil voluntarios holandeses enviados por Guillermo de Orange para socorrer la ciudad, y fué enviado á Haarlem, á dar la noticia, un prisionero con las narices y las orejas cortadas. Entonces los sitiados se decidieron á formar una columna cerrada, con las mujeres y los niños en el centro, y lanzarse fuera de las murallas á abrirse paso por medio del campo enemigo. D. Fadrique que lo supo, prometió hipócritamente el perdón para que la ciudad se entregase sin recelo. La ciudad se rindió, los españoles entraron, mataron todos los soldados de la guarnición, hicieron decapitar á mil ciudadanos, y despues de atar á doscientos, dos á dos, los precipitaron á unos tras otros en el lago. El ejército español habia pagado con doce mil muertos esta victoria de Pirro, arrancada por la traición y manchada por la falsía.

Del Museo fuí á la catedral, con la esperanza de oír tocar el órgano famoso de Cristian Müller, que tiene fama de ser el más grande del mundo, y cuenta entre sus glorias la de haber sido tocado por el célebre Haëndel y por un simpático niño de diez años que se llamaba Mozart. La iglesia, fundada á fines del siglo XV, es blanca y desnuda como una mezquita, coronada por una bóve-

da altísima, revestida de madera de cedro y apoyada en veintiocho ligeras columnas. En una pared se ve todavía una bala de cañón del sitio de 1573; en el medio hay un monumento consagrado á la memoria del ingeniero Conrad, constructor de las cataratas de Katwijk, y de su colega Brunings, *protector de Holanda contra el furor del mar y el poder de las tempestades*; detrás del coro está sepultado el gran poeta Bilderdijk; colgados de un arco hay algunos modelos de buques de guerra, que recuerdan la quinta cruzada conducida por el Conde Guillermo I de Holanda, y junto al púlpito se encuentra la tumba de Coster. El órgano, sostenido en columnas de pórfido, cubre toda una pared, desde suelo al techo; tiene cuatro teclados, sesenta y cuatro registros y cinco mil tubos, algunos de los cuales son dos veces más altos que una casa holandesa. En aquel momento, habia algunos forasteros: el organista no se hizo esperar, y yo pude oír, como dice Victor Hugo, cantar los cañones de Dios. Profano en el arte, no puedo decir en qué se diferencia el órgano de la iglesia de Haarlem, del de San Pablo de Lóndres, del de la catedral de Friburgo y del de la basílica de Sevilla. He oído el ruido que anuncia la batalla, al que sigue un tumulto formidable de cañonazos, de gritos de heridos y de cornetas victoriosas que se alejan de valle en valle hasta que se pierden al otro lado de los montes,

y entonces se eleva una armonía tranquila de flautas y de cantos pastoriles, que infunden en el corazón toda la dulzura de la vida de los campos; de pronto, retumba el trueno, se desencadena el huracán, tiemblan los cimientos de la iglesia; la tempestad se calma poco á poco al sonido del canto trémulo y solemne de una legión de ángeles que llega lentamente de incomensurable distancia y se esparce por las nubes, maldecida por un ejército de demonios que mugen en lo más hondo de la tierra. Por último, se oye una arieta de la *Fille de Madame Angot*, que quiere decir que todo ha sido un entretenimiento y que el organista se recomienda á la cortesía de los extranjeros.

Desde lo alto del campanario, se abraza con la vista toda la bella campiña de Haarlem, sembrada de bosquecillos, de molinos de viento y de aldeas; se ven los dos grandes canales que van á Leyden y á Amsterdam, surcados por largas filas de barcos de vela; se divisan los campanarios de Amsterdam, las praderas del antiguo lago de Haarlem, el pueblecito de Bloemendaal, rodeado de quintas y de jardines; las pardas dunas, que defienden de las tempestades aquel pequeño paraíso; y más allá de las dunas, el mar del Norte, que aparece como una faja lívida y brillante, á través de los vapores del horizonte. Al salir de la iglesia, tomé por una calle cualquiera y anduve dando vueltas por la ciudad á la ventura.

Aunque por muchos conceptos se parezca á todas las demás ciudades holandesas, Haarlem tiene cierto carácter distintivo por el que se imprime más claramente en la imaginación. Es una ciudad hermosa y recogida, en la que el viajero siente con más fuerza que en otras el deseo de llevar enlazado su brazo al de una esposa ó de una amiga. Es una ciudad de mujeres. Una ancha corriente de agua, llamada Spaarne, que sirve de canal de desahogo entre las aguas del antiguo mar de Haarlem y el golfo de Zuiderzée, la atraviesa dividiéndose en varios brazos y la rodea toda como una fortaleza. Los canales interiores están flanqueados por grandes árboles, que forman encima como una bóveda de verdura, de modo que cada canal parece un lago de jardín, y las gabarras y las barcas más parece que van á divertirse que á su negocio. Todas las calles están enladrilladas y todas las casas son de color de ladrillo; así es que á derecha, á izquierda, abajo, arriba, do quiera que se mire, no se ve más que rojo, y más rojo, y eternamente rojo, como si la ciudad estuviese tallada en una montaña de jaspe sangriento. Un grandísimo número de casas tiene la fachada, con ocho, diez, y hasta diez y seis escalones, como las iglesias de papel que hacen los niños con las tijeras, y se ven muy pocos espejos, pocas muestras de tiendas y ningún objeto colgado de las ventanas. Las calles están tan limpias,

que casi no se atreve uno á dejar caer la ceniza del cigarro. En largos trechos no se encuentra un alma, ó solamente alguna niña de doce á catorce años, que vá sola á la escuela, con el cabello suelto por las espaldas y el libro debajo del brazo. No se oye estrépito de fábricas, ni ruido de carros, ni gritos de vendedores. Toda la ciudad tiene no sé qué apariencia de reserva aristocrática y de púdica coquetería, que despierta singularmente la curiosidad y hace dar vueltas á un lado y á otro sin cansarse, como si á fuerza de dar vueltas se fuese á descubrir algun secretillo que la ciudad quisiera ocultar á los extranjeros.

Al Mediodia se extiende un bellissimo bosque de hayas (que se cree sea un resto de la inmensa selva que cubria antiguamente una gran parte de Holanda), atravesado por mil senderos, sembrado de kioskos, de cafés, de casinos, de sociedades, y en el centro un precioso parque poblado por gamos y ciervos. En un punto solitario y umbrío, hay un pequeño monumento, erigido en 1823, en honor de Lorenzo Coster, que segun la leyenda, habia cortado allí las famosas ramas de haya en que grabó las primeras letras. Anduve por todos los sitios más retirados del bosque, encontré un niño que me saludó con un gentil *Bonjour*, volviendo la cara al otro lado; pregunté el camino á una jóven con el aro de oro en la cabeza, que se puso encarnada como una amapola; pedí fuego á un al-

deano que leía la *Gaceta*; pasé junto á una amazona, que me miró con sus ojos claros como el cielo sereno, y volví hácia la entrada del bosque, donde hay un Museo de pintura holandesa moderna, acerca del cual puedo callar sin que me remuerda la conciencia.

Hay que hacer notar, sin embargo, á propósito de este Museo, que la pintura holandesa de estos últimos tiempos ha realizado, bajo diversos aspectos, un progreso que la honra. El género preferido sigue siendo el pequeño paisaje, y en esto nada ha cambiado; pero la pintura íntima se ha elevado á una region más alta. Ha dejado la hez de la sociedad, para retratar la clase media; ha salido de las tabernas, para dedicarse amorosamente á aquel sóbrio, severo y valeroso pueblo de pescadores, que trabaja y sufre en silencio en la costa holandesa, desde Helder á las bocas del Mosa; ha olvidado las orgías y las danzas plebeyas, para representar al marinero que parte á la pesca del arenque, y á la mujer que le dá la despedida desde la playa, gritando:—¡Dios te acompañe!—el pescador que vuelve tras largo viaje á su querido Scheveningue, y los pequeñuelos que corren á su encuentro con los brazos abiertos; el mar agitado por la tempestad y la familia del pobre marinero que de lo alto de las dunas busca ansiosamente con los ojos llenos de lágrimas un punto negro en el horizonte. La minuciosidad ex-

cesiva ha desaparecido; la pintura ha tomado una manera de hacer más amplia y más libre. Pocos artistas van á estudiar fuera de su pátria, y estos pocos, pierden su carácter original; pero la mayor parte se quedan, y su pintura, sobre todo el paisaje, es ahora como antes, un espejo fiel del país, una pintura original y modesta, llena de melancolía, de dulzura y de paz.

Cerca del bosque está el jardín del Sr. Kvelage, que es el más famoso vivero de tulipanes de Holanda.

Esta palabra "tulipanes" recuerda una de las más extrañas locuras populares que ha habido en el mundo, la cual se manifestó en Holanda hácia la mitad del siglo XVII. El país en aquel tiempo habia llegado al colmo de la prosperidad; á la antigua modestia habia sucedido el fausto; las casas de los ricos, modestísimas á principios del siglo, se habian transformado en palacios; el terciopelo, la seda y las perlas, habian sustituido á la sencillez patriarcal del antiguo trage; Holanda se habia hecho vana, ambiciosa y disipada. Despues de haber llenado sus casas de cuadros, de tapices, de porcelanas, de objetos preciosos de todos los países de Europa y del Asia, los ricos negociantes de las grandes ciudades de Holanda comenzaron á gastar sumas considerables para adornar sus jardines de tulipanes; la flor que responde mejor que ninguna otra á la avidez de colores vivísimos

que de tantas suertes manifiesta el pueblo holandés. Este rebusco de tulipanes promovió su cultivo; en todas partes se hicieron jardines, se estudió, se buscaron nuevas variedades de la flor predilecta; pulularon los tulipanes nunca vistos, de formas raras, de matices desconocidos, de inesperadas combinaciones de colores, llenos de contrastes, de caprichos, de sorpresas; los precios subieron increíblemente; una nueva forma obtenida en las benditas flores era una fortuna; millares de personas se dedicaron á tal estudio con el furor de maniáticos, y en todo el país no se habló ya más que de pétalos, de colores, de bulbos, de vasos y de simientes. Esta manía llegó á hacer reir á toda Europa. Los bulbos de los tulipanes más raros alcanzaron un precio fabuloso; algunos constituyeron una riqueza, como una casa, un cortijo y un molino, y fueron dados en dote á hijas de familia ricas. Por un bulbo ofrecieron, en no sé qué ciudad, dos carros de trigo, cuatro de cebada, cuatro bueyes, doce reses menores, dos pellejos de vino, cuatro barricas de cerveza, mil libras de queso, un trage completo y una copa de plata. El bulbo de un tulipan llamado el *Almirante Liefkenskoek*, fué vendido en ocho mil ochocientas pesetas. Otro bulbo, de un tulipan llamado *Semper Augustus*, fué comprado en trece mil florines holandeses. El del *Almirante Enkhwizen* fué pagado en más de dos mil escudos. Un dia que no

quedaban en Holanda más que dos bulbos del *Semper Augustus*, uno en Amsterdam y otro en Haarlem, ofrecieron por cada uno cuatro mil seiscientos florines, un magnífico carruaje y dos caballos con arreos de gala, y la oferta fué rechazada. Otro comprador ofreció dos yugadas de tierra y tampoco los consiguió. En los registros de Alkmaar, se recuerda que en 1637 se hizo en aquella ciudad una venta de tulipanes, á beneficio del Asilo de Huérfanos, y produjo ciento ochenta mil pesetas. Despues se comenzó á traficar con las flores como con el papel de la renta y las acciones. Se vendian por enormes sumas bulbos que no se poseian, comprometiéndose á entregarlos en tiempo determinado, y se comerciaba en mayor número de tulipanes del que podia producir toda Holanda. Cuéntase que una sola ciudad holandesa vendió por valor de veinte millones de pesetas, y que un negociante de Amsterdam ganó en este comercio más de sesenta y ocho mil florines en el término de cuatro meses. Unos vendian lo que no tenían; otros lo que no habian de tener nunca; se pagaban primas, y las flores que enriquecian ó arruinaban á mucha gente, no florecian más que en la fantasía de los traficantes. Por fin, la cosa llegó á tal punto que, rehusando muchos compradores pagar las sumas convenidas y originándose disputas y desórdenes, el Gobierno decretó que estas deudas fuesen consideradas como deudas or-

dinarias y se cobrasen por las vías legales; entonces los precios bajaron de improviso hasta cincuenta florines por un *Semper Augustus*, y cesó el tráfico escandaloso. Ahora no hay manía por las flores, sino un culto amoroso, cuyo principal templo es Haarlem. Todavía surte de flores á gran parte de Europa y de la América septentrional. La ciudad está rodeada de jardines, que á fines de Abril y principios de Mayo, se cubren de miriadas de tulipanes, de jacintos, de anémonas, de ranúnculos, de camelias, de primaveras, de cactus y de otras flores, que forman alrededor de Haarlem una inmensa corona, de la cual todos los viajeros del mundo se llevan, al pasar, un ramillete. El jacinto ha estado en alza estos años atrás, pero el tulipan es todavía el rey de las flores y el amor supremo de Holanda.

Quisiera poder cambiar la pluma por el pincel de Van Huysum ó de Menendez, para describir la pompa de aquellos colores ardientes, lujuriosos, fulgurantes, de los cuales, si las sensaciones de los ojos pudieran compararse con las del oído, se diria que son como gritos y risas de alegría y de amor en el silencio de los jardines, y que suenan como la música fragorosa de una fiesta. Allí se ve el tulipan Duque de Toll; los tulipanes llamados precoces simples, de más de seiscientas variedades; los dobles precoces; los tardíos, divididos en unicoloros, finos, sobrefinos y rectificadlos; los

finos, subdivididos en violeta, rosa y manchados, y los monstruosos ó papagayos, los híbridos y los ladrones; clasificados en mil órdenes de nobleza y elegancia; teñidos de todos los matices que puede soñar la mente humana; manchados, estriados, orlados; con las hojas en ondas, en franjas, en festones; condecorados con medallas de oro y de plata; distinguidos con mil nombres de generales, de pintores, de pájaros, de rios, de poetas, de ciudades, de reinas y mil adjetivos amorosos que recuerdan sus metamorfosis, sus aventuras y sus triunfos, y dejan en el alma una dulcísima confusión de bellas imágenes y gentiles pensamientos.

Después de esto, me parece que ya puedo marchar á Amsterdam, hácia donde me atrae una curiosidad irresistible; ya pongo el pié en el estribo del wagon y tomo un buen sitio junto á la portezuela, cuando siento que me tiran de los faldones y veo el espectro de un cortés crítico mio de Italia, que me dice en tono de reconvencion: —"Pero, ¿y los comercios, y las industrias, y los establecimientos de Haarlem, dónde los ha dejado?" —"¡Ah! es verdad" —contesto yo —"usted es uno de los que quieren descripción, guía, diccionario, indicador y cuadro estadístico, todo en un libro. Voy á darle gusto. Sepa que en Haarlem hay un riquísimo Museo de instrumentos físicos, químicos, ópticos, hidráulicos, dejado á la ciudad por un tal Pedro Teyler van der Hulst, con una

suma destinada á concursos científicos anuales, y una célebre fundición de caracteres griegos y hebraicos; y algunas buenas fábricas de algodón, fundadas bajo el patronato del rey Guillermo II; y lavaderos de blanco, famosos en toda Holanda; y...» Entonces sonó el pito de la locomotora. —"Un momento" —gritó el crítico tratando de sujetarme —"¿qué dimensiones tienen las máquinas del Museo Teyler? ¿Cuánto producen cada año las fábricas de algodón? ¿Qué jabon se usa en los lavaderos?...» —"¡Vaya, déjeme en paz!" —le contesté cerrando la portezuela al ponerse el tren en movimiento. —"¿No ¡sabe aquel refran que no se puede repicar y andar en la procesion?"

¡Ahora voy á tí, Amsterdam, la de las noventa islas, Venecia del Norte, reina del Zuiderzée!